

— ¡Pero, qué bellaco!...

— Bien empleado le está: le truenan en seguida.

Y no sufrió la suerte que le esperaba sólo porque sus amigos se interesaron con el jefe y le arrancaron el perdón.

\* \* \*

Mas en aquella plaza en que se trabajaba, se temía y se aguardaba, no era posible detenerse á reflexionar mucho tiempo sobre un caso, por grave que fuera.

Se sabía que los franceses estaban construyendo á coste y costas un camino carretero que les sirviera para conducir su artillería gruesa; se sabía que el general en jefe francés iría en persona á establecer un sitio regular contra la plaza, y se decía, en fin, que los calzones rojos, los uniformes azules y los quepis dorados, menudeaban más á cada reconocimiento que se emprendía fuera del recinto fortificado.

Un día que Pancho volvía de ejecutar una comisión del cuartel general, sintió que se le emparejaba un sujeto de buena cara, aspecto conciliador y modales caballerosos. Montaba á lo paisano en un caballo rosillo de buena alzada; mas en el modo de orientar la bestia, en el bigote, en la mirada, en la voz, en no sé qué, se conocía la procedencia militar del jinete, que como antinomia curiosa llevaba un equipaje que parecía de juez de primera ins-

tancia que muda de jurisdicción, y un mozo que parecía el de un cura que va á administrar los últimos sacramentos.

Pancho se paró un rato á fin de dejar que pasaran los caminantes y para poderles observar fácilmente; pero con gran sorpresa suya, el caballero de marcial semblante y su escudero bonachón, se detuvieron en firme y el amo se dirigió á Pancho con el jarano en la diestra y dejando caer una enorme bufanda que le tapaba el rostro.

— Tengo mucho gusto, dijo el recién venido, de tender mi mano al señor capitán Olivos, ayudante de nuestro jefe el señor general Díaz.

Pancho vaciló un punto, pero no tardó en reconocer á un amigo viejo que mucho había influído en su vida:

— Mi coronel... señor don Luis, exclamó corrigiéndose y al recordar que el caballero aquel se había pasado con armas y bagajes á los imperialistas. ¿Qué es de su vida? ¿Qué anda haciendo por aquí?

— Hijo, ya sabrá usted que los malditos franceses me obligaron á pasar el charco, y quieras que no, me dí una paseadita por Europa...

— ¿Y ahora?

— Vi por allá á su hermano, á Miguel. Buen muchacho, enterote, sin doblegarse: rechazó dos veces el perdón que le ofrecían.

— ¿Y usted?



— Debe de estar por aquí ó poco le ha de faltar. ¡Feliz él! exclamó con tristeza mal reprimida.

— ¿Y usted? ¿Se viene con nosotros, á nuestro lado? Mire que el general le recibirá con los brazos abiertos.

— ¿Cree usted? ¿Cree que Porfirio no me haya perdido aquel viejo cariño que me tenía?

— Yo... así lo creo, contestó con vacilación el ayudante, temeroso de comprometer la diplomacia.

— Pues con él vengo á hablar. ¡Quiera Dios que me le encuentre propicio!... El general... es el primer soldado republicano.

— Ya lo creo, don Luis.

— Pues sí, amigo mío; la suerte está echada... O me quedo con ustedes ó me les llevo.

— ¿Llevarnos? ¿Y adónde?

— Eso lo sabrá usted á su tiempo, dijo el militar apaisado, cogiendo la mano de Francisco mientras él se daba á reconocer con el puesto que cuidaba el fortín de la entrada.

Don Luis Alvarez, como se llamaba el caballero con quien Olivos charlaba, había sido coronel del ejército y jefe del Estado Mayor del general Díaz.

Se sabía en México el grandísimo afecto que Porfirio tenía por el coronel Alvarez, y se le envió no con objeto de sonsacarle ni de penetrarse de sus intenciones, sino de proponerle el paso al Imperio sin ambages ni rodeos. El

don Luis portaba una insidiosa y zalamera cartita del general Uraga, en la que después de cortejar á Porfirio y de ponderarle las excelencias del nuevo régimen, le proponía que se quitara de republicanismos y se metiera de hoz y coz en el pantano fétido de la traición.

Uraga era el primer farolón de su tiempo. Alto, elegante, con un gran aire militar, que le daba el aspecto de un Pelissier ó de un Canrobert, había tenido la rara fortuna de perder en acción de guerra una pierna, que hubo de substituir con otra de palo; y esta pierna de palo, la perilla blanca, el uniforme flamante y sin un botón de menos ni una mota de más, le hacían aparecer un grande hombre cuando no era sino una descomunal calabaza.

Cuando sufría en Guadalajara las tremendas curaciones que le hicieron por la mutilación de la pierna, le dijo á un su amigo en filosófica reflexión:

— ¡Y pensar que he perdido una pierna defendiendo la Constitución de 57... que no sé qué contiene, ni he leído nunca, ni tengo ganas de leer!...

Este era el hombre á quien Maximiliano empleaba como Celestina política para atraer con artes proxenéticas á los campeones liberales.

Dos ó tres días después de la llegada de Alvarez, Porfirio reunió á todos los generales y coroneles que guardaban la ciudad y les puso á la vista la invitación de Uraga. Una denegación unánime y vigorosa fué la res-



puesta de los interpelados á las proposiciones del ayudante de campo de Maximiliano, declarando el concurso que jamás oiría palabra que tendiera á la sumisión á los invasores.

Porfirio leyó en seguida la carta que remitía por conducto del antiguo jefe de su Estado Mayor, y cada párrafo, cada cláusula, cada línea eran aplaudidos por el concurso, que sentía templarse sus bríos al enterarse de cómo interpretaba el general los sentimientos de sus subordinados.

Trataba al general Uruga con cariño y consideración muy grandes; en iguales términos se expresaba del desgraciado Luis, cegado por el señuelo del esplendor y la riqueza; pero resolvía terminantemente no ceder en un punto en la lucha empeñada. Le advertía que no era cierto que reinara desaliento en la parte de la República sujeta á su mando; le hacía presente que ni Tabasco, ni Chiapas, ni Oaxaca, ni siquiera Puebla y Veracruz estaban dispuestos á adherirse al Imperio, pues sin cesar levantaban nuevas tropas, arbitraban recursos nuevos y se mostraban tan patriotas como en los primeros días de la invasión. «¿Cree usted, exclamaba, que yo podría, sin traicionar mis deberes, disponer de su suerte sólo para asegurar la mía? ¿Cree usted que no me pedirían estricta cuenta de mi deslealtad, y que no sabrían sostenerse por sí mismos ó confiar su dirección á otro más constante

y cumplido que el que los abandonara? Así, pues, ni por mí, ni por el distinguido personal del ejército, ni por los pueblos todos de esta extensa parte de la República, se puede creer en la posibilidad de un avenimiento con la invasión extranjera, resueltos como estamos á combatir sin tregua, á vencer ó morir en la demanda, por legar á



la generación que nos reemplace la misma República libre y soberana que heredamos de nuestros padres.»

Como Porfirio convocó á asamblea de oficiales para leer la carta de Uruga, figuráronse algunos que aquello se ponía á discusión y abundaron los pareceres más terribles y descomunales: que se matara al mensajero, que no se contestara, que se contestara llenando de injurias al



firmante y á su pandilla. Cuando se dió lectura á la respuesta no fué aprobación ni asentimiento ni conformidad lo que se demostró: fué entusiasmo, delirio, frenesí. Se aplaudió, se celebró, se aclamó, y hubo oficiales que tomaran traslado de toda la carta ó de parte de ella y que lo aprendieran de memoria, citando llenos de ardor los principales pasajes como aquel de *«la lucha puede, es cierto, prolongarse como la que al principio del siglo nos hizo independientes, pero el éxito es seguro... Estamos resueltos á vencer ó á morir en la demanda... La prueba á que usted me ha sujetado es gravísima, porque su nombre y su amistad constituyen la única influencia capaz, si la hubiera, de arrastrarme á renegar de todo mi pasado, y á romper con mis propias manos el honroso pabellón emblema de las libertades é independencia de México. Habiendo podido contestarla, puede usted creer que ni los más crueles desengaños ni las mayores adversidades llegarán á ocasionarme la menor vacilación...»*

Olivos fué quizás el más entusiasta, y repetía trozos de la carta de *Maitre Corbeau* (ó sea del viejo general que pensaba que todos habían de ser como él y que soltarían el queso del pico luego que les dijeran guapos y discretos, ó que tenían buena voz), ó de la carta de Porfirio, que se había extendido y publicado entre la gente con más priesa que si se hubiera estampado de imprenta tirándose diez mil ejemplares.

Pero la cartita había hecho comprender á los fran-

ceses que con aquel general no valían arbitrios como los que rendían á los Urugas y á los O'Horanes, y tenían resuelto emprender el sitio contando con los inmensos recursos que habían sacado de México.

Supo el de Olivos del glorioso combate del 18 de Diciembre, en que los de Félix Díaz y la legión del Norte machetearon á la caballería francesa, dejando muerto al conde de Loire y no deteniéndose en la persecución sino al encontrar al grueso de las tropas francesas; y como la sangre moza le hacía cosquillas en el cuerpo impulsándole á los peligros, á las hazañas grandes y á los hechos altos y que podían traer consecuencias inmediatas, pidió la venia del jefe para salir en compañía de los de á caballo y batir á los franceses, que se iban acercando á más andar.

Porfirio escuchó la propuesta de su ayudante ofreciéndole utilizar sus servicios.

A los tres días se acercó á los muros Courtois d'Hurbal en persona; iba acompañado de una fuerte columna de zuavos, cazadores de Africa y húsares de la guardia y de una batería de artillería. Reconoció una parte del perímetro, examinó la calidad de las fortificaciones y el espíritu de las tropas, y se retiró como había venido, casi sin disparar un tiro.

La víspera del año nuevo, el general llamó al capitán. Pancho le encontró en compañía del coronel Treviño, y



luego de las ceremonias de ordenanza, Díaz le preguntó:

— Capitán, ¿usted sería capaz de reconocer al mariscal Bazaine?

— ¿Cómo no, mi general? Le vi tantas veces en Puebla, que se lo podría retratar si me lo mandara, y le distinguiría entre mil gentes que se le parecieran.

— Usted acompañará al señor coronel Treviño y le servirá en lo que le indique.

La mañana aquella, fría y desapacible, á Pancho le pareció de perlas, pues ya se imaginaba, supuesta la pregunta de Porfirio, que conseguiría traer atado codo con codo al mismísimo mariscal Bazaine. Le confirmaba en esa idea el haber oído decir:

— Ustedes son mil; con él vienen trescientos jinetes y quinientos zuavos: llevan, pues, alguna ventaja. Hay que intentarlo...

En la noche, cuando las caballerías se habían detenido para descansar un punto, soldados y oficiales recibieron orden de ensillar á toda prisa, pues había que ejecutar un movimiento. Caminaron toda la noche, y al amanecer del día siguiente, después de aflojar las cinchas y tomar un refrigerio, continuaron su camino por sierras y barrancas intrincadísimas. Al tercer día Pancho empezó á maliciar que sucediera algo distinto de lo acordado, y se atrevió á interrogar á un charro brioso y cantador que solía caminar á su vera.

— ¡Qué franceses ni qué franceses! No le quepa duda; á Oaxaca no volvemos ni después de este destierro.

— ¿Pero qué dice usted?

— Que nosotros nos vamos de jilo pa la frontera y que allá aguardamos á los gabachos.

— ¿Y dónde estamos ahora?

— ¿Ve usted esa fuella como coloradita que corre á la falda de aquel cerro? Allí mero es la serranía de Tetela, en el Estado de Puebla. Al medio día empezaremos á pasarla y cuando salgamos sabrá adónde nos deregimos...

